

El clima, la encíclica *Laudato si'* y el economista

François Meunier
Profesor asociado de la Ensae-IPP
París, Francia

La encíclica *Laudato si'* es un texto poderoso y hermoso. El llamado a favor de “nuestra hermana tierra” y de “la salvaguarda de la casa común”, como indica el subtítulo, posee una fuerza enorme. Sorprende el respeto con que trata los últimos datos de las ciencias de la tierra y su apertura a las otras religiones y a los no creyentes. La encíclica vincula estrechamente la cuestión ecológica con la cuestión de la pobreza. El texto ha sido acogido en todas partes.

En todas partes... excepto por los economistas, ciertamente, gente a menudo gruñona. El texto denuncia los abusos de la economía de mercado, algo habitual en el pensamiento cristiano, pero esta denuncia se extiende a la propia ciencia económica, a la cual niega capacidad para remediar los problemas medioambientales. El progreso técnico tiene incluso parte de la culpa. De ahí una cierta frustración, incluso rechazo. Por ejemplo, el gran economista del clima, ahora premio Nobel, William Nordhaus, se apresuró a rechazar el texto cuando se publicó en 2015, incapaz de captar su poder de convicción¹. Los economistas pensaron, tras un lento comienzo, que habían vuelto a la vanguardia de la lucha contra los daños medioambientales. Muchos de ellos trabajan para el Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC). Además, el medioambiente se ha convertido en un tema central de la disciplina, lo cual explica su decepción.

Este ensayo aborda este hiato. Los malentendidos y las exclusiones por ambas partes impiden el diálogo y el acuerdo. Entonces, ¿en qué condición, entre *hombres de buena voluntad*, puede haber comprensión de la crisis

1. W. D. Nordhaus, “The Pope & the Market”, *The New York Review of Books*, 8 de octubre de 2015.

climática, conservando sus orígenes intelectuales y espirituales? Para tratar de responder a esta cuestión, consideraremos sucesivamente los ámbitos cubiertos por la encíclica que abren espacio para un diálogo con el economista².

1. El dominio sobre la naturaleza y el utilitarismo

Este es uno de los dos temas centrales de la *Laudato si'*. La encíclica toma nota de la relación tradicional de dominación entre el ser humano y la naturaleza, una relación arraigada en lo más profundo de nuestras culturas. Admite que el cristianismo pudo haber alimentado esa visión del mundo, al asumir como modelo la famosa frase del Génesis: “Sean fecundos y multiplíquense y llenen la tierra y sométanla, manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en todo animal que serpentea sobre la tierra” (Gn 1,28). Desde esta perspectiva, los racionalistas del siglo XVII trataron de dominar el mundo. Si Dios había dado leyes a la naturaleza, al ser humano le había dado la razón para controlarla. Algunos han visto aquí la construcción de la base epistémica que, después de Descartes, Robert Boyle (el inventor del Dios relojero) y, por supuesto, Newton, los tres teístas convencidos, permitiría el inmenso progreso de la ciencia y de la tecnología en Europa, en el siglo siguiente.

Leszek Kolakowski, un filósofo cristiano, ha explorado esta *dominación* teológicamente³. Muestra la oscilación del pensamiento cristiano sobre la naturaleza. A veces, adopta una perspectiva triunfalista y la considera, como expresión de Dios, fundamentalmente buena. A veces, la considera fuente de maldad, de males hechos a la humanidad, de fuerzas incontroladas, que deben ser dominadas, incluso por la innovación técnica, para usar un término moderno. El debate fue muy vivo durante la Ilustración, el cual se decantó por una visión pesimista de la naturaleza y, por tanto, optimista del progreso.

En la encíclica, el péndulo oscila claramente hacia la glorificación. Rompe con la lectura de la dominación y enfatiza la buena administración de los recursos naturales. El ser humano es como un jardinero o un pastor, que cuida de sus ovejas. Dada la ambigüedad característica de cualquier texto sagrado, la encíclica encuentra fácilmente palabras que contradicen la idea de dominación. Así, por ejemplo, Génesis 2,15. “Cuidar”, dice la encíclica, “significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza” (LS 67). “La forma correcta de

2. Para simplificar las citas, se omiten comillas y las referencias internas a los textos citados.

3. L. Kolakowski, *Modernity on Endless Trial* (Chicago, 1997).

interpretar el concepto del ser humano como ‘señor’ del universo consiste en entenderlo como administrador responsable” (LS 116).

La *Laudato si'* va más allá. Volviendo al argumento de la dominación, la encíclica declara que la economía de mercado se habría quedado en la época racionalista. Persiste aún en la obsesión de la dominación y solo razona en términos del valor de uso. El medioambiente solo satisface las necesidades o la utilidad del individuo y los recursos naturales valdrían lo que el individuo está dispuesto a sacrificar económicamente para tenerlos. La encíclica ilustra estas afirmaciones con la extinción de las especies animales. “Cuando se habla de biodiversidad, a lo sumo [la economía de mercado] piensa en ella como un depósito de recursos económicos que podría ser explotado, pero no se considera seriamente el valor real de las cosas, su significado para las personas y las culturas, los intereses y necesidades de los pobres” (LS 190).

Esta crítica es admisible. Al fin y al cabo, los actores económicos y la expresión intelectual de su actividad reflejan los valores sociales dominantes. Pero en la actualidad, no se justifica cuando se trata de la ciencia económica. La escasez de las ballenas azules tiene un costo para la caza, que se vuelve más incierta. El economista añadirá a este costo un valor de no uso o de conservación, por ejemplo, en el individuo que gusta fotografiarlas cuando soplan el agua hacia arriba, o la idea de que siguen haciéndolo, incluso sin estar él presente. El concepto de “valor de conservación” puede ser criticado por su raigambre utilitarista. Mi satisfacción personal proviene de la preservación de las ballenas. Sin embargo, la *Laudato si'* no escapa a esta lógica consecuencialista, salvo que sus fines son diferentes. Valor para la comunidad y las culturas, en la encíclica; satisfacción del individuo o del planificador social, para el economista. En ninguno de los dos casos se aborda la cuestión en términos deontológicos, por ejemplo, el derecho de los animales a vivir sin ser tratados como medios. Tampoco aparece el concepto de “derechos de los animales”, con las numerosas interrogantes que tales derechos plantean. Este planteamiento introduciría cierta igualdad entre los seres humanos y el resto del mundo viviente, un paso filosófico que el cristianismo se resiste a dar.

La encíclica mantiene la visión teológica tradicional que sostiene que el ser humano, por el privilegio de haber sido creado “a imagen de Dios”, predomina sobre el resto de la naturaleza, si bien ya no se trata de un “dominio absoluto sobre las demás criaturas” (LS 67). “Cuando el pensamiento cristiano reclama un valor peculiar para el ser humano por encima de las demás criaturas, da lugar a la valoración de cada persona humana” (LS 119). A esto, el economista se siente tentado a añadir una valoración también de las demás criaturas, mediante el concepto del valor de conservación.

¿Dónde está el límite de este privilegio? La siguiente frase, muy kantiana, refleja la vacilación de la encíclica: “Por eso, los obispos de Alemania enseñaron que en las demás criaturas se podría hablar de la prioridad del ser sobre el ser útiles” (LS 69). Si el animal se convierte en un ser en sí mismo, es difícil asignarle un valor de uso para el ser humano, aun dentro de la gestión benévola de “un administrador responsable”. Esto es válido tanto para el economista como para el mensaje papal. Ambos podrían preguntarse qué valor tendrá el último rinoceronte blanco de África, en relación con el séptimo milmillésimo bípedo que puebla el planeta, un dilema que Leibniz evocó con lucidez, en una frase muy citada:

Todas las perfecciones o imperfecciones de la criatura tienen su valor, pero no hay ninguna que tenga un infinito. [...] Es seguro que Dios hace más aprecio de un hombre que de un león, y, sin embargo, yo no sé si podría asegurar que Dios prefiere un hombre solo a toda la especie de leones en todos los conceptos. [...] Esta opinión sería un vestigio de la antigua máxima, hartamente desacreditada, de que todo se ha hecho solo para el hombre⁴.

La *Laudato si'*, consciente de la fragilidad del argumento del buen administrador, apela a Francisco de Asís, para quien el espíritu de Dios, habiendo bajado a la tierra, recorre por igual a todas sus criaturas, las cuales pueden, por tanto, ser llamadas hermanos y hermanas. En los textos de Francisco, la tierra es mencionada como persona, hermana del ser humano, poéticamente por supuesto, pero persona al fin y al cabo. Existe similitud entre ciertos movimientos ecologistas y cristianos que, en una teología aún en ciernes, personifican a la tierra, incluso la llaman Gaia, un vasto súper organismo, que convierte en células a todos los organismos que lo habitan, un ser vivo y autónomo, igual que los demás astros del cielo⁵.

Este es un camino muy fructífero. La hermana Tierra es un concepto maravilloso, que la separa de los seres humanos y le otorga una personalidad moral. Esto va mucho más allá de la disciplina económica. Su valor no es el resultado de las interacciones entre los seres humanos, por ejemplo, a través del mercado, sino que tiene valor en sí misma. Pero por todo ello, no tiene, como dice Leibniz, “un precio infinito”, sino que sigue perteneciendo al orden de lo medible y de lo arbitrable frente a las alternativas.

4. G. W. Leibniz, *Ensayos de teodicea: Sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*, Segunda parte, §118 – III (Madrid, 2015, 1710).

5. Por supuesto, no es la Tierra en sí la que está amenazada; tiene el tiempo de su lado y los seres humanos somos en realidad solo unos pocos ácaros correteando por su superficie. La encíclica dice con detalle que la amenaza es para “la casa común”, la que forman la Tierra con los seres humanos y todas las formas de vida.

2. El mercado y la propiedad privada

La imagen bíblica del pastor que cuida bien a sus ovejas es un buen punto de partida. El pastor es el dueño del rebaño o el agente del dueño. Es fácil contar las ovejas del rebaño y vigilarlas. El tamaño del rebaño carece de barrera ecológica por sobrepastoreo o por la profusión de los depredadores. La cuestión de los derechos de pastoreo también parece estar resuelta. Ningún otro pastor compite con él por el mismo pasto. Así, pues, tiene una especie de monopolio o de propiedad pública, tal como diría el economista. Por último, nadie del entorno del pastor se opondrá a la venta o al sacrificio de las ovejas. Por lo tanto, el pastor tiene los derechos de cuasi propiedad, fáciles de observar y de hacer cumplir. Las cosas son diferentes si interfieren los límites de la escasez. El establecimiento de los derechos de propiedad es la primera respuesta institucional, así como también en un sentido ecológicamente eficiente. Si estos derechos están claramente definidos, el pastor puede vender sus ovejas en el mercado o vender su explotación, y el producto de la operación refleja aproximadamente el costo de la utilización del “recurso”. Si el recurso es escaso, el mercado actúa como fuerza estabilizadora. La escasez eleva el precio, lo cual hace rentable las alternativas técnicas, o bien, las induce.

Compliquemos el ejemplo con el caso del jurel de la costa chilena, hasta hace poco gravemente amenazado. Es difícil contar el banco de peces, porque este circula a voluntad; cada uno de los muchos pescadores, con o sin economía de mercado, busca la captura más abundante; y el valor de conservación no está articulado. En este caso es imposible establecer derechos de propiedad exigibles. Este es el caso más frecuente en los recursos naturales renovables (en los mares o en el suelo) y en los no renovables (la energía, la calidad del aire y los gases emitidos). Si la explotación del recurso supera la tasa de renovación, la reserva se marchitará. A menudo, esto lleva a “la tragedia de los comunes”, popularizada por el famoso texto de Garrett Hardin⁶, pero que es, en verdad, la reelaboración de un argumento desarrollado originalmente por Tomás de Aquino⁷. En este caso, la ganancia de una unidad adicional de pescado capturado va a parar íntegramente al bolsillo de quien la hace, mientras que los costos del daño al ecosistema recaen en la comunidad. El precio del jurel en la pescadería expresa

6. G. Hardin, “The Tragedy of the Commons”, *Science*, 3859 (1968), 1243-1248.

7. Según el comentario de Tomás de Aquino, citado por John Finnis, “la apropiación de recursos es adecuada, e incluso necesaria por tres razones: si algo es tenido en común, o por mucha gente, tiende a ser descuidado, y el trabajo necesario para administrarlo tiende a ser soslayado; la administración tiende a ser relativamente confusa, mal dirigida e ineficiente; y la situación en conjunto suele provocar discordia, disputas y resentimiento”. Ver J. Finnis, *Tomás de Aquino: Teoría moral, política y jurídica*, p. 242 (Santiago de Chile, 2019).

el costo de la pesca, cada vez más difícil debido a la escasez. Sin embargo, ese costo no incluye la conservación. Sin cooperación o sin un mecanismo corrector, el recurso se agota. Y no es fácil establecer derechos de propiedad, incluidos los derechos de propiedad sustitutiva, por ejemplo, las zonas de pesca y las cuotas, debido a que a los peces no les importan los límites legales.

Por tanto, el responsable de la extinción de los recursos no es el establecimiento del derecho de propiedad, sino la dificultad para establecerlo e implícitamente la dificultad para definir un mercado para el recurso en cuestión. Esta es una cuestión que la sociedad debe afrontar. La investigación económica intenta ahora desentrañar esos efectos y proponer “mecanismos” alternativos para uso del buen administrador.

Es lamentable que la encíclica insista en que el problema de los bienes comunes se debe solo al auge de la economía de mercado, dada su insaciable avidez por los recursos, lo cual, a su vez, fomenta una economía basada en el beneficio. “Mientras se deteriora constantemente la calidad del agua disponible, en algunos lugares avanza la tendencia a privatizar este recurso escaso, convertido en mercancía que se regula por las leyes del mercado” (LS 30). “Los recursos de la tierra también están siendo depredados a causa de formas inmediatistas de entender la economía y la actividad comercial y productiva” (LS 32). “La economía asume todo el desarrollo tecnológico en función del rédito, sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano. Las finanzas ahogan a la economía real” (LS 109). Y, por si el economista medioambiental no se desanima, “el ambiente es uno de esos bienes que los mecanismos del mercado no son capaces de defender o de promover adecuadamente [...] ¿Es realista esperar que quien se obsesiona por el máximo beneficio se detenga a pensar en los efectos ambientales que dejará a las próximas generaciones?” (LS 190).

La encíclica no da ejemplos concretos, pero cabe imaginar que estos pueden ser la deforestación causada por la agroindustria brasileña o la explotación irrestricta de las empresas mineras en el Congo, que imponen condiciones laborales repugnantes y han corrompido a la institucionalidad existente. ¿Es el mercado? ¿O es la depredación pura y dura, en un contexto totalmente desregulado⁸?

Estos abusos no son exclusivos del mercado, ni de la propiedad privada. Ni siquiera de la sociedad industrial, aunque esta lleve los daños a una escala completamente diferente. Desde tiempos inmemoriales, el ser humano ha

8. O estúpidamente regulado. Fue el gobierno brasileño el que hasta hace poco daba la propiedad de la tierra a quienes la deforestaban y podían extraer la madera así recogida, en una singular aplicación del principio de la tierra al que la trabaja.

mantenido una relación contradictoria con su bioentorno. Es angelical pintar a las sociedades preindustriales como buenas custodias de la naturaleza. Los casos de ruptura existen y constituyen el tema de los libros más vendidos de Jared Diamond. Si esas rupturas son brutales, la población abandona la zona como la del Mar de Aral, destruido por sus habitantes, o se hunde en el caos, como la de la Isla de Pascua (Rapa Nui), cuyos pobladores carecían de medios para escapar. Es el movimiento de la vida, que se replica hasta alcanzar sus límites ecológicos, un instinto especialmente agudo en la especie humana.

Maimónides es famoso por el siguiente proverbio, que uno se imagina pudo haber enunciado ante un lago lleno de peces: “Dale a un hombre un pez, y comerá para su día; enséñale a pescar, y comerá para toda la vida”. La verdad es más ordinaria: enseña a un hombre a pescar y tendrás el principio del fin de un nicho ecológico. La diferencia entre el ser humano y las otras especies vivas consiste en que puede encontrar mecanismos institucionales para contenerse, para hacer retroceder los límites o para gestionarlos lo mejor posible. El control demográfico, incluido el infanticidio o la violencia bélica, ha sido uno de los medios utilizados por la mayoría de las sociedades originales. El derecho es otro de esos medios. Históricamente, los mercados han proporcionado ciertas garantías, ya que, como hemos visto, la escasez suele elevar el precio y promover alternativas. Dicho en broma, si en la Isla de Pascua hubiera habido un mercado de futuro para los ésteres de madera —un enorme “si”, que implica una compleja infraestructura legal e institucional—, el agotamiento de los recursos forestales no se habría producido.

2.1. El mercado como institución

El mercado es, fundamentalmente, un lugar social, donde la demanda y la oferta se encuentran (*matching*). En este sentido, el mercado es una institución. La noción de mercado libre, desvinculado de cualquier raíz social, carece de sentido o es puramente ideológica. Incluso el mercado ilícito opera conforme a unas reglas o unas convenciones específicas. Cada mercado se configura de forma diferente, según quién ejerza la presión, un sindicato de trabajadores o un cabildo de empresarios. Los economistas son conscientes de que el precio no siempre es el elemento que impulsa el mecanismo del encuentro de la oferta y la demanda⁹. Si los recursos están amenazados, no es fácil establecer un mercado

9. El diseño del mercado (*market design*) es un campo activo de la investigación económica. Por ejemplo, el matrimonio es un tipo especial de mercado, en el que el emparejamiento de las personas no se realiza mediante un mecanismo de precios, aunque la dote ha sido tradicionalmente un elemento monetario importante. Las donaciones de órganos o la selección de los estudiantes para una licenciatura son también formas no pecuniarias de mercado. Véase el trabajo del premio

eficaz, porque el daño y el beneficio no coinciden en el tiempo y en el espacio; porque el entorno ecológico hace inútil el recuento preciso del recurso; y porque la institucionalidad no es capaz de establecer los derechos, ni de imponer su observancia. Este es el caso del Estado fallido, cuyos recursos naturales son saqueados y las élites locales son compradas. El mercado que funciona bien es frágil. Por eso, el papel de la política es construirlo y preservarlo.

El rechazo de la encíclica a los derechos de propiedad como instrumento para asignar los bienes no evita la propiedad pública, es decir, la nacionalización. “La racionalidad instrumental, que solo aporta un análisis estático de la realidad en función de las necesidades actuales, está presente tanto cuando quien asigna los recursos es el mercado como cuando lo hace un Estado planificador” (LS 195). Sin embargo, el monopolio benévolo, es decir, una buena gobernanza, estatal o no, a menudo tiene la ventaja de “internalizar” los daños externos, para utilizar el término técnico, de la misma manera en que el pastor evita el sobrepastoreo, cuando es el único propietario del rebaño. Se dice que, en la edad media, la Universidad de Cambridge se apoderó, con autorización real, de los bosques de Cambridge y de Londres. De esa manera, la universidad evitó la expoliación de los grandes árboles y siempre pudo cambiar las vigas de sus edificios.

El rechazo se aplica también a los esfuerzos para sustituir los precios del mercado o para establecer “mecanismos” con los mismos efectos incentivadores que los precios debidamente establecidos. El instrumento elegido es la llamada tasa de incentivo o de comportamiento, o su corolario, la subvención. Sin embargo, la palabra “tasa” no aparece ni una sola vez en la encíclica, aunque un empujón papal habría sido bienvenido para que el público en general percibiera positivamente este instrumento y no lo considerara más como un expolio del Estado. El texto menciona un instrumento muy similar, los permisos negociables de emisión, pero lo hace despectivamente. “La estrategia de compraventa de ‘bonos de carbono’ puede dar lugar a una nueva forma de especulación, y no servir para reducir la emisión global de gases contaminantes. [...] Y lo que es más importante, podría convertirse en un recurso diversificado que permita sostener el sobreconsumo de algunos países y sectores” (LS 171). Sin embargo, la técnica ha permitido eliminar prácticamente las emisiones de óxido de azufre. Tanto en los impuestos como en los permisos de emisión tenemos un sustituto del precio del CO₂, es decir, una primera idea de la verdadera escasez del recurso. No será necesario un ejército de ingenieros para saber si la electricidad que compro, o el acristalamiento doble que instalo, son más o menos bajos en

carbono. El precio impuesto de este difundirá la información de forma más o menos fluida.

Esta técnica no es aplicable en muchas situaciones. La reducción de la diversidad de los organismos vivos no se presta para ello. En este caso, basta con la prohibición, tal como se intenta en las complejas batallas políticas para desterrar los neonicotinoides, que diezman poblaciones enteras de insectos. Este ejemplo muestra la versatilidad de estos dos instrumentos, la regulación por el precio y la regulación por la cuota o la prohibición. La presencia de una sustancia química prohibida en un campo puede rastrearse fácilmente, al igual que en el control antidopaje de los deportistas. Aquí la ley tiene dientes para morder. Si, por el contrario, la comunidad pretende prohibir el uso recreativo del tabaco o del alcohol, no podrá controlar a todos los individuos. La prohibición crea el mercado negro y el submundo que lo acompaña. La herramienta del mercado y, por tanto, la tributación del bien, toma la ventaja.

2.2. La idoneidad del reparo cristiano

El economista no ve la suspicacia que provoca al plantear, cuando surge un problema, su querido mecanismo de los precios. Se sorprende de que su propuesta de la tasa sobre el carbono no convenza a la gente, pese a su racionalidad. La reticencia es natural. Contaminar está mal, por tanto, la persona moral espera una prohibición pura y dura, no un precio compensatorio, que permita evadir la prohibición, siempre que haya dinero de por medio. Vender y comprar permisos de emisión parece ofensivo, ya que, en la práctica, son “derechos para contaminar”, de la misma manera que comprar o vender órganos humanos. Aquí se puede observar una cuestión de dignidad y de desgaste de valor. El intercambio, tal como lo recuerda Michael Sandel¹⁰, no es neutral, en cuanto a la calidad del bien intercambiado. Puede corromper al propio bien y a las personas a ambos lados de la transacción. El mercado no es un simple “mecanismo”, útil para asignar “eficientemente” los recursos. Sino el portador de unos valores que desplazan a otros, como la solidaridad, la ayuda mutua o la buena vida. Los elementos que constituyen la vida cívica ordinaria se transforman en “transacciones”, o *deals*. Se suele decir que *pecunia non olet* (el dinero no huele), pero sí puede manchar.

No obstante, el moralista cristiano debe estar abierto a los razonamientos del economista y marcar la diferencia entre mecanismos repugnantes —crear un mercado de órganos o de derechos de voto— y la introducción de una solu-

10. M. Sandel, *Lo que el dinero no puede comprar: Los límites morales del mercado* (Barcelona, 2013).

ción de mercado para valorar los daños del carbono. En este punto, la encíclica es ambigua. Sin embargo, indica, a regañadientes, cuál es la posición del economista.

El principio de maximización de la ganancia, que tiende a aislarse de toda otra consideración, es una distorsión conceptual de la economía. [...] Es decir, las empresas obtienen ganancias calculando y pagando una parte ínfima de los costes. Solo podría considerarse ético un comportamiento en el que los costes económicos y sociales que se derivan del uso de los recursos ambientales comunes se reconocen de manera transparente y son sufragados totalmente por aquellos que se benefician, y no por otros o por las futuras generaciones (LS 195).

Esta es, precisamente, la preocupación que debe guiar la construcción de mercados bien regulados. El cálculo debe hacerse con los precios correctos, a veces reconstituidos, para restaurar la legitimidad del cálculo económico. ¿Por qué entonces la retórica anti-mercado?

3. *Small is beautiful*

Muchos pasajes de la encíclica ofrecen otra salida a esta maldición de los comunes: favorecer “comunidades de pequeños productores [que] optan por sistemas de producción menos contaminantes, sosteniendo un modelo de vida, de gozo y de convivencia no consumista” (LS 112). La propuesta es seguida por la siguiente recomendación política: “Las autoridades tienen el derecho y la responsabilidad de tomar medidas de claro y firme apoyo a los pequeños productores y a la variedad productiva” (LS 129). El objetivo, como se verá más adelante, tiene la ventaja añadida de trabajar contra la pobreza, en este caso, contra el empobrecimiento de las comunidades campesinas.

Estos ejemplos, añade la encíclica, al hablar de las cooperativas para explotar las energías renovables,

indica[n] que, mientras el orden mundial existente se muestra impotente para asumir responsabilidades, la instancia local puede hacer una diferencia. Pues allí se puede generar una mayor responsabilidad, un fuerte sentido comunitario, una especial capacidad de cuidado y una creatividad más generosa, un entrañable amor a la propia tierra, así como se piensa en lo que se deja a los hijos y a los nietos (LS 179).

La filósofa Elizabeth Anderson se suma a esta crítica. En un libro de 2017¹¹, esboza el declive secular de la idea progresista del mercado. De hecho, desde mediados del siglo XVII hasta principios del XIX, en Inglaterra había algunas razones para ser optimistas sobre la capacidad de los mercados para promover la igualdad de estatus y de rango. En su momento, la “sociedad de mercado” fue entendida, tanto por los liberales como por los primeros socialistas, “como una sociedad libre de iguales”. La idea enfatiza la capacidad del mercado para igualar, la cual permite el intercambio de equivalentes entre dos personas y reduce las rentas indebidas, a través de la competencia. En aquella época, al hablar de “mercado libre”, se hacía referencia a la mediación anónima, que liberaba al mercado de las relaciones de dominación interpersonal. Este optimismo desapareció con la revolución industrial, a causa del aumento de la desigualdad y de las relaciones de dominación en el trabajo. El autoempleo fue menos fácil y los trabajadores tenían menos alternativas ante la autoridad arbitraria de los patrones. Las grandes estructuras monopolísticas actuales han aumentado aún más el grado de arbitrariedad, en las relaciones laborales de muchos trabajadores.

La ideología del libre mercado ha quedado totalmente desfasada, de modo que, según Anderson, se ha creado una “relación simbiótica entre el libertarismo y el autoritarismo que contamina nuestro discurso político hasta el día de hoy”. De ahí su propuesta de regresar a la organización de la producción en pequeñas estructuras, más respetuosas con las personas y más proclives a reconocer a la persona y la dignidad del trabajador.

Los especialistas en economía industrial han llegado tarde a este asunto. Sin embargo, el interés por las pequeñas estructuras, en la gestión de los bienes comunes, sobre todo, a raíz de los trabajos de la premio Nobel Elinor Ostrom¹², ha cobrado actualidad. Desde tiempos ancestrales, las comunidades han equilibrado la gestión de los recursos escasos, al margen del mercado, de la propiedad privada y del monopolio del soberano. Asimismo, las empresas pequeñas, los artesanos y los agricultores tienen menos capacidad que las multinacionales para influir en las autoridades políticas como para ser cómplices en la depredación de los recursos. Los trabajadores también pueden imponer este tipo de regulación en sus empresas.

Estos equilibrios, adquiridos a lo largo del tiempo, siguen siendo frágiles, más difíciles de establecer cuando la comunidad en cuestión es muy grande,

11. E. Anderson, *Private Government: How Employers Rule Our Lives (and Why We Don't Talk about It)* (Princeton, 2017).

12. E. Ostrom, *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva* (México D. F., 2011).

en cuyo caso la institución política se hace cargo, experimenta un fuerte crecimiento demográfico o prevalece la heterogeneidad política. En el mundo moderno, la corporación o la autorregulación, dos modalidades de comunidad reguladora, tienen una prensa menos favorable, debido al riesgo de la interferencia de intereses particulares, que, a menudo, bloquean el ingreso de otros intereses, lo cual erosiona la democracia. Las comunidades autorreguladas siempre establecieron normas de control demográfico muy estrictas, conscientes del poder disolvente de una circulación demasiado libre de personas y de una natalidad desenfrenada. Esto complica la posición natalista de la encíclica, fiel al “sean fecundos y multiplíquense”, del Génesis. “Debe reconocerse que el crecimiento demográfico es plenamente compatible con un desarrollo integral y solidario” (LS 50). Cabe preguntarse, entonces, qué supondría para nuestra hermana Tierra la duplicación de la población actual, en concreto, cómo podría la humanidad vivir dignamente, “en una ciudad acogedora” (LS 152) y en “contacto físico con la naturaleza” (LS 44).

4. El progreso técnico y la pinza maltusiana

La encíclica hace un análisis matizado del progreso técnico y de la innovación. Su visión no es retrógrada. Las innovaciones pueden ser bellas y civilizadoras. “¿Se puede negar la belleza de un avión, o de algunos rascacielos” (LS 103). Los dones científicos, al igual que los artísticos, deben expresarse libremente, ya que han sido dados por Dios. En principio, la encíclica tampoco rechaza las manipulaciones transgénicas (LS 135), aun cuando el tema es controvertido. Eso sí, advierte de las consecuencias que la genética agrícola puede tener en el estilo de vida rural, ya que la privatización aumenta la dependencia campesina de las grandes empresas agrícolas. En este ámbito, el daño causado por la propiedad intelectual, que incluye las patentes, las licencias y los derechos de autor, supera los beneficios de los incentivos. El daño se da en términos de la captura de las rentas y de la desigualdad.

Esta benévola introducción es seguida por reproches, si no a la ciencia directamente, sí al “paradigma tecnocrático”, responsable de “la dominación”. Siempre existe el riesgo prometeico del progreso técnico, perseguido por sí mismo, sin considerar su finalidad social. El progreso técnico puede escaparse de las manos, sin que nuestras sociedades dispongan de los medios institucionales, culturales y morales para comprender plenamente las consecuencias de la innovación. La encíclica es contundente en este punto. “En este equívoco, la humanidad posmoderna no ha encontrado una nueva concepción de sí misma que la oriente, y esta falta de identidad se vive con angustia. Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines” (LS 203).

Aquí la encíclica reitera el principio de precaución, en la formulación clásica del Tratado de Río (*cf.* LS 186). En segundo lugar, existe el riesgo de que el progreso técnico desplace al trabajo, al reemplazar al ser humano por la máquina, lo cual es, en última instancia, una cuestión empírica, muy debatida en la actualidad. Asimismo, existe el peligro de desvalorar al ser humano, al privarlo del vínculo con su comunidad, de su interfaz activa con la naturaleza y de la “inclusión social” (LS 109). Aquí hay algunas lecciones para los economistas, que consideran el trabajo como una “desutilidad” y el ocio como un bien para la satisfacción, pero olvidan que el trabajo es fundamental para la plenitud de una vida satisfactoria.

Aquí viene lo importante. La encíclica duda de la capacidad de la tecnología para contribuir positivamente en las cuestiones medioambientales, porque “el paradigma tecnocrático también tiende a ejercer su dominio sobre la economía y la política” (LS 109). Se confía demasiado en la tecnología, en la innovación y en el crecimiento para afrontar los retos medioambientales. Aquí la encíclica adopta la posición del crecimiento cero, porque “ha llegado la hora de aceptar cierto decrecimiento en algunas partes del mundo, aportando recursos para que se pueda crecer sanamente en otras partes” (LS 193).

Sin embargo, a largo plazo, el crecimiento proviene únicamente de la demografía y de la innovación. ¿Significa esto bloquear a los dos? Cuando la población y el ingreso per cápita crecen sin progreso técnico, chocan rápidamente con la escasez de los recursos. Es lo que podríamos llamar “la pinza maltusiana”, que siempre se desarrolla de forma sutil. Un entorno demasiado favorable aparece como una cornucopia, felizmente consumida, sin que la sociedad invierta en la gestión de su final. A la inversa, la presión de la escasez o del exceso demográfico suele estimular el progreso técnico necesario para liberarse de ellas. El nacimiento de la agricultura y la domesticación de los animales son rupturas desde arriba. Ester Boserup, una formidable economista, socióloga y agrónoma danesa, desgraciadamente poco reconocida, es pionera en destacar este fenómeno de la “limitación creativa”, en sus trabajos sobre la agricultura en África¹³.

El debate sobre el calentamiento global ilustra el mismo dilema, pero a escala mundial. Sin una solución, el mundo moderno caerá en una especie de trampa similar a la de la Isla de Pascua, la cual se encuentra aislada, una pequeña isla perdida en el océano del universo. Para escapar de esa trampa es necesario desarrollar el conocimiento y la educación. El hecho de que el PIB crezca el 2 por ciento, tal como ocurre en la actualidad, o el -2 por ciento, no

13. E. Boserup y R. Chambers, *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change Under Population Pressure* (Londres, 1965).

hace ninguna diferencia. El uso moderado de los recursos escasos, sin avances técnicos, solo pospone el plazo. El tiempo ganado de esa manera podría ser invertido en conocimiento —un recurso probablemente inagotable— y así salir del entuerto.

El apólogo de la cámara frigorífica ilustra el dilema. Un grupo de amigos que explora almacenes olvidados, queda encerrado en un frigorífico. Al final, es seguro que morirán. Sin embargo, tienen la suerte de contar con una provisión de leña, que puede proporcionarles treinta días de calefacción y, por tanto, de supervivencia. Asimismo, disponen de mucha comida y agua. La elección es sencilla. Pueden aguardar los treinta días con la expectativa de que una mano externa desbloquee la cerradura. Incluso pueden ahorrar energía y prolongar la supervivencia otros treinta días, aunque tiritando de frío, lo cual aumentaría la posibilidad para ser liberados. O bien pueden optar por algo más radical. El calor de una buena fogata delante de la puerta podría reventar la cerradura y quedar libres. Pero eso supondría consumir la reserva de leña de una vez. La elección es difícil y su resultado depende de la aparición de una mano liberadora o de que la cerradura ceda al calor del fuego. Si consideran que su liberación es improbable, el salto técnico es racional, aun cuando consuma mucha energía. En cualquiera de los dos casos, pueden equivocarse; pero, al menos, eligen activamente su destino.

En la historia de la humanidad, este dilema nunca ha sido tan crudo como ahora. Las opciones técnicas son muchas. A veces, reversibles. Los recursos escasos se agotan lentamente. A veces, se reponen. Ante este dilema, la humanidad ha reaccionado inconscientemente, sin explicitar la disyuntiva. Actúa más por ensayo y error que por un juego racional. En este punto, el mensaje papal no ayuda. Entre los conservacionistas, que abogan por detener el crecimiento, y Bill Gates, que presiona para que los estados aceleren intensamente la investigación en tecnología, la encíclica se decanta por los primeros.

5. Ecología y pobreza

Además de rechazar la dominación de la naturaleza, la encíclica afirma que la búsqueda ecológica no puede dissociarse de la preocupación por los pobres. “Hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS 49). “Estas situaciones provocan el gemido de la hermana tierra, que se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo” (LS 53). La unión de la preocupación por los pobres con la preocupación por la naturaleza no solo tiene una fuerza

real, sino también es contraria a cierta tradición cristiana. En efecto, desde sus orígenes y en contradicción total con el derecho romano, el cristianismo ha abogado por la igualdad de todos los seres humanos. En consecuencia, prohíbe la esclavitud y vincula la pobreza con la redención. Larry Siedentop muestra cómo este igualitarismo y el llamamiento a construir una comunidad humana crearon una identidad común y, por tanto, una diferencia con el resto de los seres vivos, a los cuales les atribuye una identidad inferior¹⁴.

De esa manera, los pobres son los primeros en sufrir la degradación del medioambiente. Un hecho evidente en los países menos desarrollados, la mayoría de los cuales se encuentra en las zonas húmedas y cálidas del planeta. Según los especialistas, estas serán las más afectadas por el calentamiento global. Los países del norte, en cambio, son los responsables de la saturación actual de CO₂. Por eso, la encíclica tiene razón al pedir a los países ricos una redistribución mayor de la riqueza (*LS* 172), en nombre de la solidaridad, pero también por su propio interés. La encíclica pide también fortalecer a las instituciones internacionales con poder de sanción (*LS* 175).

No se puede combatir la crisis medioambiental sin considerar que las personas con los ingresos más bajos pueden resultar afectadas negativamente. “Además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad intrageneracional” (*LS* 162). La encíclica, escrita en 2015, es más lúcida que la mayoría de los economistas de la época. Solo recientemente, después de la crisis de “los chalecos amarillos” en Francia, en 2017, los economistas comprenden la dificultad de los políticos para imponer la tasa de carbono a la sociedad. El aumento del precio de la gasolina, un impuesto insignificante para las familias con rentas altas, representa una cantidad inmanejable para las familias con rentas bajas y sin ahorros. Estas no tienen manera de amortiguar el golpe en sus presupuestos. En consecuencia, los economistas actuales afirman que una compensación es necesaria.

La medida plantea de nuevo las cuestiones de la dignidad, señaladas por Michael Sandel. La compensación a través de los ingresos a veces equivale a la asistencia, lo cual frustra a la ciudadanía. Tal vez es mejor utilizar el ingreso de los impuestos para reducir el precio de los bienes de consumo con emisiones de carbono bajas o el de los servicios públicos. Este es otro ámbito, donde los pros y los contras del precio, o de la cuota, y de la regulación como herramientas políticas medioambientales en favor de los pobres deben ser analizados con serenidad.

14. L. Siedentop, *Inventing the Individual: The Origins of Western Liberalism* (Londres, 2015).

6. La toma de conciencia también es un arma

En conclusión, conviene distinguir entre la economía como ciencia social y la visión ideológica de la economía de mercado como solución para todos los problemas. La encíclica no es suficientemente rigurosa en su crítica. La mayoría de los economistas defiende las virtudes del juego correctivo descentralizado, es decir, un precio administrado. Otros son escépticos respecto al juego de los precios y, por tanto, están a favor de regulaciones restrictivas, de cuotas, de racionamiento o simplemente de la prohibición. Pero otros ven mejores oportunidades en el financiamiento de la investigación pública. Las opciones siguen abiertas y, por tanto, sería temerario, en medio de una crisis medioambiental de una complejidad sin precedentes y con un enorme riesgo existencial, proceder por exclusión.

La *Laudato si'* y la perspectiva cristiana añaden una alternativa en esta panoplia. La importancia de la movilización de las mentes y de los corazones es una posibilidad que el economista ignora e incluso desprecia. En definitiva, lo importante es alertar para movilizar a la opinión intelectual y espiritual en favor del medioambiente, sin caer en la tentación del catastrofismo.

La encíclica lo formula atinadamente como una “ecología integral, vivida con alegría y autenticidad” (LS 10), ya que la solución pasa también por una gran inversión cultural. La fuerza de este recurso ya ha quedado demostrada en la historia, como cuando las sociedades occidentales rechazaron la esclavitud o, más recientemente, cuando revaloraron la posición social de las mujeres y de las minorías.

La propuesta de una ecología integral no se limita al cuidado de la naturaleza, sino que va más allá, ya que incluye la actitud de la humanidad hacia los demás, en primer lugar, hacia los pobres, pero también el cuidado personal, el cuidado del cuerpo y del equilibrio interior. Ciertas actitudes hacia el medioambiente no son aceptadas por amor propio. Mientras el economista busca *internalizar* el daño ecológico, la encíclica busca *interiorizarlo*. El compromiso ya no viene de fuera, sino de dentro, lo que los antiguos llamaban “templanza”. Así, pues, es necesario dar paso al magisterio moral. La *Laudato si'*, además de inspirarse en Francisco de Asís, contiene palabras que podemos leer también en Marco Aurelio y en los estoicos.

Si algo debemos esperar de esta ecología, que quiere ser integral y que busca y aprecia el conocimiento, es que no rechace el saber acumulado en la buena gestión de la escasez, es decir, a la economía.